



Centro de Asesoría y Estudios Sociales
Atocha, 91 2º
28040 Madrid
Tel: 91 429 11 13 Fax: 91 429 29 38
www.nodo50.org/caes caes@nodo50.org

OMC, Unión Europea y Movimiento Antiglobalización

El Acuerdo sobre Agricultura de la OMC y la Política Agraria Común de la Unión Europea, dos caras de la misma moneda

La “Ronda del Desarrollo” de la Organización Mundial de Comercio (OMC) que se inició en Doha (noviembre de 2001) y promete reactivarse en la Quinta Reunión Interministerial de Cancún (del 10 al 14 de septiembre de 2003), profundiza la orientación neoliberal de la Ronda de Uruguay (1986), la última del GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio), antecesor de la OMC. Bajo esta orientación, con la tercera Reforma de la Política Agraria Común (PAC), la Unión Europea (UE) pretende mejorar su posición negociadora frente a Estados Unidos, en base a las ganancias en competitividad que exigen la ruina de las pequeñas explotaciones agrarias, el despoblamiento del campo, la precariedad del trabajo, la contaminación y la comida basura. Tras un año de negociaciones, la UE ha aprobado (el 26 de junio de 2003) una nueva reforma de la PAC. El escenario de la nueva PAC se caracteriza por la ampliación de quince a veinticinco países miembros, el cumplimiento del Pacto de Estabilidad y Crecimiento (Cumbre de Ámsterdam, 1997) para posibilitar la moneda única y las rondas de negociaciones de la OMC.

La PAC dice defender una agricultura propia que mantenga las rentas de los agricultores, respetando el medioambiente y la seguridad alimentaria. Pero, en sus hechos, la PAC habla el lenguaje de la circulación de las mercancías y no el de la agricultura campesina, el territorio o el desarrollo rural. La verdadera vocación de esta política agraria es la exportación. El mercado único de la UE elimina las fronteras internas y obliga a una homogeneización de las condiciones de producción-distribución-consumo. Es decir, la explotación agropecuaria que no da la talla, desaparece.

Los actuales miembros de la UE impiden la aplicación de un mecanismo solidario con los de nuevo ingreso. La negociación con los diez nuevos países ha disminuido su derecho a percibir las ayudas directas. En el primer año (2004) percibirán el 25 por cien de dicha ayuda, creciendo de forma progresiva. Sólo en el 2013 alcanzarán igual respaldo que los demás miembros de la UE. Se retrasa el ingreso de los dos países aspirantes con mayor sector rural y menor renta (Bulgaria y Rumania) hasta 2007. Así se restringe el gasto presupuestario y la posible competencia al interior de una UE ampliada. También se afianza la reconversión de la agricultura de los nuevos miembros (eliminación de explotaciones y de población activa agraria). Como daños colaterales ya están emigrando campesinos polacos y rumanos para trabajar, en condiciones de esclavitud y clandestinidad, en las explotaciones hortofrutícolas de la UE que, plegadas a las exigencias competitivas de la gran distribución, precisan un ejército de reserva disponible.

La lógica de la PAC desde su inicio, es la misma que la de la OMC: la modernización de la agricultura para el aumento de la productividad, anteponiéndolo a cualquier otra razón (social, ecológica, territorial, de seguridad alimentaria y de solidaridad). Al igual que la OMC, la UE pone en segundo plano las “preocupaciones no comerciales”. La dinámica real consiste en el abaratamiento de costes mediante la precarización de las condiciones laborales y el abatimiento de derechos sociales y ciudadanos; creciente

uso de fertilizantes y plaguicidas químicos, hormonas y antibióticos en los piensos y promoción de semillas y alimentos transgénicos, con las consecuencias de mayor contaminación y riesgos sobre la salud humana cada vez más documentados científicamente.

A pesar de las apariencias, la PAC no constituye una política social, sostenible, que defienda la seguridad alimentaria, que impulse un mundo rural vivo y que proteja un modelo de agricultura vinculado al territorio, y cohesionado al interior de la UE, aunque mantenga aún una cierta distancia con países como EE UU que han aplicado un modelo de modernización mucho más agresivo. Más bien, la Unión Europea utiliza la PAC como instrumento de la globalización para la liberalización del comercio de mercancías alimentarias. Sus reformas han secundado las políticas internacionales como si fuera una condición “inevitable”, impulsando la desaparición de las pequeñas explotaciones familiares y comunitarias de dentro y fuera de la UE. Pese a su retórica, no es una política distinta de la que, para la agricultura, promueve la OMC. No propicia la soberanía y seguridad alimentarias de las sociedades europeas, sino la competitividad del Bloque capitalista de la UE frente al de EE UU.

¿Para qué libre comercio?

La falacia de las ventajas del libre comercio se desmonta observando al interior de la UE, en un mercado único, los efectos de la competencia en condiciones de productividad desigual y especialmente, en las adhesiones de nuevos miembros. A España el ingreso en la UE le costó eliminar un millón de agricultores entre 1986 y 2002 (el cincuenta por cien del total) y la sangría aún no ha terminado. La liberalización del comercio tampoco proporciona ventajas de seguridad alimentaria, ni desarrollo rural a los países pobres. Liberalizar el comercio no ofrece seguridad alimentaria a los consumidores. El descenso de los precios agrarios en más del cincuenta por cien desde 1960, no ha disminuido la deuda externa ni el hambre en los países empobrecidos. Por el contrario, han crecido la desnutrición y la mortalidad por enfermedades evitables, fruto de subordinar al mercado, el derecho a la salud y a una alimentación suficiente y de calidad. La solución que la OMC y la UE dan a los problemas que origina el mercado es mercado global, es decir, más mercado. ¿Alguien puede afirmar razonablemente que es más barato, sano y sostenible un producto que ha viajado quince mil kilómetros que uno procedente de la producción local?. Esta lógica obliga a la bajada continua de los precios pagados a los agricultores, con un aparente beneficio de los consumidores, mientras se alarga, concentra y verticaliza el sector, bajo el dominio de la distribución a gran escala que extorsiona a productor@s y consumidor@s. Los controles de calidad y trazabilidad en un intercambio de largas distancias se complican, encarecen, y convierten en un gesto formal. Sólo la gran distribución gana con el consumo global.

Aunque en el seno de la OMC, la Unión Europea y los EE UU, entre otros, protagonizan múltiples confrontaciones y luchas de intereses, ambos tienen en común la defensa de la misma lógica social, depositando en el mercado, cuyo paradigma es la persecución del interés privado por encima de todo, la resolución del resto de las dinámicas sociales. El comportamiento de las políticas de producción de alimentos, protección a la salud y defensa del medioambiente en EE UU y Europa son diferentes, pero sólo porque el contexto cultural y político es diferente y la globalización debe adaptarse al medio para garantizar su avance. Ambos modelos se basan en la mejora de competitividad que obliga a un continuo crecimiento de la producción y distribución a gran escala. Se abaratan los precios pero es sólo porque dichos precios no integran los costes sociales y ecológicos que causa la globalización de la agricultura y la alimentación.

Las protestas y las propuestas

Ante la Quinta Reunión Ministerial de Cancún se han hecho diversos llamamientos a la movilización en el Estado Español para oponerse a la cumbre y a sus objetivos de profundizar la liberalización del comercio agrícola y de los servicios. En algunos textos pueden observarse dos grandes vacíos. Por un lado, la falta de alusión al mecanismo que impulsa la globalización de la agricultura y la alimentación aquí y ahora, la PAC, y sus consecuencias (despoblamiento del campo, contaminación ecológica e inseguridad alimentaria, extinción de agricultura y cultura campesina de bajos insumos, generalización de la comida basura y consumismo despilfarrador e irresponsable; control multinacional de la alimentación como un negocio; paro, precariedad, inmigración forzosa, arrasamiento de los derechos humanos elementales para trabajadores del campo y personas inmigrantes...). Por otro lado, estas iniciativas obvian la expresión del ejército popular, pacífico y propositivo de millares de personas que colectivamente construyen alternativas de producción y vida al margen del mercado global, de pequeñas explotaciones campesinas agroecológicas que, en diálogo, a veces complejo, con redes de consumidor@s urban@s responsables, rompen el antagonismo producción-consumo. Estas alternativas constituyen la única fuerza real para invertir el proceso.

Consecuencia de la primera ausencia es que puedan ser los globalizadores de aquí quienes nos movilizan. El PSOE y sus aledaños, los grandes sindicatos que dicen “sí, pero...” a la Europa del Capital y de la PAC y las grandes ONGs que, a veces con gran sacrificio y comportamientos heroicos, gestionan importantes recursos otorgados por el Estado para el mercado de los excluidos por la globalización. Existe la posibilidad de que todo este bloque que puede llamarse “socialdemocracia” o “progresía” se constituya en fuerza opositora y nos ponga a trabajar para ellos, cuando a ellos sólo les preocupa quién lleva el timón y no el rumbo. Por otro lado, la ausencia y el ninguneo de quienes cada día combaten los efectos de la globalización en la producción, distribución y consumo de alimentos, creando espacios reales, alternativos al mercado global, favorece la consolidación de una burocracia sobrevenida, funcional para que el bloque socialdemócrata recupere y controle el naciente Movimiento Antiglobalización, privándole de su capacidad transformadora. Hay que defender la soberanía alimentaria desde la expresión de los colectivos sociales que la practican a diario y no en su nombre, desde la articulación de múltiples experiencias reales y organizaciones sociales que, aquí y allá, defienden un mundo rural vivo y hacen posible la producción, distribución y consumo responsable de alimentos al margen del mercado global, aunque sea empujando desde sus márgenes.

Llamamos a la participación en las acciones generales de protesta contra la OMC a partir del 10 de septiembre de 2003.

Área de Agroecología y Consumo Responsable
Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra
3 de septiembre de 2003

Es irracional intentar resolver los problemas de desigualdad, injusticia y hambre causados por la lógica del mercado, mediante más mercado, es decir, comercio a escala

mundial. El mercado no puede ser garante de la seguridad alimentaria y los derechos humanos porque solo entiende de competitividad y beneficios.

La OMC es, precisamente, la institución del capitalismo global destinada a garantizar este funcionamiento a pesar de sus consecuencias. Controlada por los países ricos, aplica la más dura doctrina neoliberal a través de una apariencia dialogante. La retórica de conciliar la liberalización del comercio mundial y el desarrollo de los países pobres, es solo propaganda negada por los hechos. La inmensa riqueza de los ricos tiene como condición el hambre de los pobres.

Ante la unión de los países dependientes, los países ricos han amenazado con renunciar a las negociaciones multilaterales y aplicarse a las negociaciones bilaterales, pero a los países ricos les interesan las rondas de la OMC porque les sirven para legalizar e institucionalizar los nuevos grados de dependencia y despojo conseguidos de forma bilateral. Al hacerlo, se sienta una doctrina desde la que proceder a nuevas vueltas de tuerca. Las enormes diferencias que han dado al traste con la Cumbre de Cancún, en principio, no van a impedir la continuidad de las negociaciones de los diversos acuerdos (comercio de servicios, propiedad intelectual, etc.). Otra cosa es si los países ricos están dispuestos a continuar con una OMC en la que los pobres se organicen y hagan valer la fuerza de su unidad.

Para producir los bienes y servicios vinculados a la dignidad y la autonomía de todas las personas, es necesario impedir que sea el mercado quien se encargue de ello. La democracia aparece vinculada al libre mercado, pero no hay democracia sin privar políticamente al mercado de su capacidad para violar los derechos humanos, las libertades y las leyes.

El Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra puede ser, a nivel internacional, un cauce de expresión, no solo de los intereses de los agricultores que, persiguen un acceso “democrático” a los mercados, sino, sobre todo de los que desde los países ricos y los países pobres, persiguen que la alimentación no esté en manos de los mercados y defienden los derechos humanos y la democracia por encima de los buenos negocios.

“Fuera la Agricultura de la OMC” es una negación correcta pero indeterminada. Sin poner en España, que es Europa, la política agraria común (PAC), y nuestros propios hábitos de alimentación y consumo en primer plano, es falsa la oposición a la OMC. Se la combate en sus manifestaciones en la India ó Brasil, pero no aquí. Toda la estrategia de la Agenda 2000 (presupuesto de la UE para el período 2000-2006) y toda la política agraria común de la UE, de la que se deduce toda la política agroalimentaria de España, están impregnadas de los criterios de industrialización, concentración, intensificación, competitividad y eficiencia económica, como ejes dominantes, que emanan de la OMC. Es imprescindible hablar de la PAC en España para hablar de la OMC, al igual que lo es hablar de la OTAN y las bases norteamericanas en nuestro territorio para estar contra la guerra, hablar del derecho de autodeterminación en Euskadi para hablar de democracia o de la pertenencia al euro para hablar de lucha contra la precariedad.

Agustín Morán (CAES)
Septiembre 2003